

La mujer desnuda

Armonía Somers



trampa

La mujer desnuda

Armonía Somers

Prólogo de
Marina Sanmartín



trampa

Edición en formato digital: junio de 2020

© 1950, Armonía Somers
© 2020, Trampa ediciones, S. L.
Vilamarí 81, 08015 Barcelona
© 2020, Marina Sanmartín Pla, por el prólogo
© 2020, Julia Malkova, por el collage de la cubierta

Diseño de cubierta: Edimac

Trampa ediciones apoya la protección del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-121677-7-1

Composición digital: [Edimac](#)

www.trampaediciones.com



PRÓLOGO

La cabeza, el cuerpo y el bosque

Que nadie se sienta incapaz de leer esta novela. Al revés, que todo el mundo se atreva a acercarse a ella. Saldríamos ganando.

Siempre he odiado los prólogos y también esas pequeñas introducciones de diez o quince minutos a cargo de los críticos con las que se presenta en la televisión la emisión de determinadas películas. Considero que la buena ficción, tanto literaria como audiovisual, merece que nos adentremos en el universo que recrea completamente desarmados, como si se tratara de un sueño en el que nos reconociéramos de pronto, sin protección ni antecedentes, al habernos quedado dormidos. Ésa es la única manera de que el mensaje de la obra impacte en nosotros y nos hiera, para devolvernos después a la realidad que habitamos mínimamente transformados.

Pocas cosas hay más valientes que enfrentarnos a la mentira sin armadura.

Así que bienvenidos a este sueño, el que en *La mujer desnuda*, publicada por primera vez en 1950, Armonía Somers (Uruguay, 1914-1994) describe para el lector; un viaje a medio camino entre el erotismo y el terror, tanto el

uno como el otro nada maniqueos, mimbres de un ejercicio que no persigue enseñar, sino descubrir, y que para ello impone una condición no negociable: la supresión de todos los filtros de percepción adquiridos.

Rebeca Linke acaba de cumplir treinta años y, para celebrarlo e interrogarse acerca de lo que el acontecimiento supone, decide pasar la noche en una finca que linda con un inmenso y oscuro bosque. Allí, nada más llegar y ante la dificultad para conciliar el sueño, mientras contempla el paisaje nocturno a través del estor que ciega a medias la ventana de su habitación, decide cortarse la cabeza y, tras colocársela de nuevo sobre los hombros, aventurarse desnuda al exterior.

Éste es el planteamiento de partida de una historia cimentada sobre tres conceptos que adquieren entre sus páginas la categoría de símbolos: la cabeza, el cuerpo y el bosque; tres estrellas brillantes que, como los mechones bien cepillados de una trenza, Somers entreteje con un notable sentido del ritmo y una interesante influencia de su tiempo —la lectura nos remitirá desde el inicio al estilo onírico de los relatos de Clarice Lispector y a *El bosque de la noche* (1936), de Djuna Barnes, pero también a la crudeza del cine más experimental de Buñuel, que tiene su máximo exponente en *El perro andaluz* (1929), y al terror que William Hope Hodgson supo ligar como nadie a las formas y

colores de la naturaleza en *La casa del confín de la tierra* (1908).

Empecemos por la cabeza y esa decapitación casi involuntaria, más instintiva que consciente, y al fin y al cabo reversible, sin la que Rebeca no hubiera podido comenzar su periplo. ¿Qué significa? ¿No representa acaso una especie de bautismo, el rito con el que Armonía Somers le regala a su personaje —y por extensión a su mirada de autora y a la nuestra de indiscretos *voyeurs*— un nuevo principio limpio de connotaciones y experiencias previas?

Y es que ésa es, sin duda, una de las pretensiones más loables de *La mujer desnuda*, su ansia de «desaprender», de vaciar nuestro cerebro (y no hay manera más gráfica de hacerlo que la decapitación) para permitir luego, al recuperarlo, que lo previamente percibido nos impresione otra vez, desintoxicado del conocimiento anterior y el prejuicio, incluido el propio cuerpo, como le sucede a Rebeca al reencontrarse con él tras la traumática y reparada amputación: «Cuando la caricia llegó hasta los pechos tuvo la sensación de descubrirse después de una inmensidad de olvido».

Encierran las primeras páginas de la novela de Somers un interés por dejar en la puerta de la ficción, sin permiso para participar de la misma, todo atisbo de convención social, porque ésa es la única estrategia para liberar al lector de las ataduras morales, los miedos y la culpa y regalarle la historia como un campo de pruebas donde experimentar sin autocensurarse interpretaciones no previstas, en este caso

sobre el sexo, el odio y las fronteras del deseo no sólo físico, sino también mental.

Es en este punto de la narración cuando el cuerpo entra en escena, la figura desnuda y libre de Rebeca Linke se adentra en el bosque y se convierte en una provocación para todo aquel que se cruza en su camino y, a diferencia de la mirada de la protagonista y de nuestra propia mirada, no ha sido bendecido con la bula de la autora para percibir la humanidad sin tamiz. Ante estos perfiles encadenados a la realidad, construida con un peso de milenios, Rebeca se rebela y adopta una actitud que interpela y provoca, que desafía: «Ven, toca, estoy desnuda. Tomé mi libertad y salí. He dejado los códigos atrás, las zarzas me arañaron por eso».

¿Por qué nos cuesta aceptar a quien, a pesar de no hacer daño a nadie, se niega a actuar según unas reglas a menudo incomprensibles, asumidas simplemente por la costumbre y la conveniencia de la imitación?

El cuerpo de Rebeca es un grito; un grito en el siglo XXI, desde el que leemos la novela, y un grito aún más fuerte en el Ecuador del siglo XX, momento en el que el texto se publicó para, con o sin intención, reivindicar la identidad física de la mujer y combatir la tendencia a ocultar y condenar la belleza ante el temor de las sensaciones que suscita; un gran error.

Armonía Somers nos dice en *La mujer desnuda* que no hay más que un modo de alcanzar el equilibrio emocional, cierta felicidad, si es que ésta existe; y es partiendo de la

incomodidad e interrogándonos acerca de las pulsiones que acentúa en nuestro interior la presencia absoluta del otro.

En este sentido, hombres y mujeres somos víctimas, y la novela va un paso más allá del feminismo para situarse en un plano de denuncia universal y proponer una liberación del pensamiento que, aunque preso durante más de mil años, tiene el poder de desprenderse de las cadenas en un segundo si, como en un conjuro, damos con las palabras adecuadas, por qué no, mágicas: «Había llegado a saber por un sistema tan simple de conocimiento como el de la nariz que un ser encadenado a la realidad por tantos años de grilletes podía soltarse en un segundo los hierros viejos».

Como el aceite en el agua, como un revulsivo, así es como el cuerpo de Rebeca, que además de tentar experimentará el frío de la amenaza a cada paso, se introduce en el bosque, que es el mundo y nuestra última estrella. Allí, donde todos los personajes son el mismo, el leñador y su mujer, los gemelos y el cura, el aficionado a las intrigas y el misterio, y el caballo..., allí es donde habitamos, inmersos en la oscuridad. El bosque es nuestro entorno, nuestra conciencia dormida, un lugar que carece de sentido si no estamos dispuestos a convertirlo en escenario de la batalla.

Porque el conocimiento es una guerra continua.

MARINA SANMARTÍN

Madrid, abril de 2020

El día en que Rebeca Linke cumplió los treinta años comenzó con lo que ella había imaginado siempre, a pesar de una secreta ilusión en contra: la nada. ¿Y si no ocurriera nada entonces, se había preguntado más de una vez, ni para bien, ni siquiera para mal, que siempre es algo?

El error, pues, parecía radicar en haberse impuesto aquella medida en el tiempo respecto a un hecho en cierto modo considerado clave, cuando lo que tendrá que suceder será siempre obra del zarpazo ciego, de la emboscada secreta desde las situaciones más simples.

Y la fecha llegó, desde luego. Pero sin marca visible de día fasto, apenas como un aburrido bostezo de verano igual a tantos. La mujer lo miró en el espejo junto a su propia imagen. Un bello día; un bello rostro. Y desprovistos ambos de lo que hace memorables a las cosas.

Todo empezó así, entonces: que ella fuese retrocediendo inconscientemente en un escenario vulgar y desapareciera de la vista. Había llegado quizá el momento preciso en que cada uno deba vivir su acontecimiento propio. Si es en un velatorio, el de estar vivos junto a quien precisamente ya no

podrá repetir el ensayo. Y si se contabiliza un desgraciado año más, de esos que forman las peligrosas cifras redondas, el poder decidir qué se hará a partir de tal punto.

La finca a la que llegó en la medianoche se hallaba para la mujer algo así como suspendida en la atmósfera. No le conocía aún mayormente sus interiores. Y en cuanto a lo demás, sólo le era posible recordar lo abarcable con los ojos. Hacia delante, un campo extenso. De pronto éste se interrumpía por una oscura mole transversal que iba terminando en forma de animal marino. Sí, realmente, el bosque le parecería desde el principio un cetáceo varado. En un solo día de viento en que le fuera dado verlo, lo había conocido en la locura, una especie de rabia impotente como la de ciertas formas ancladas de rebelión humana. Se movía sin abandonar el sitio, resoplaba enviando ráfagas cargadas con su ruido. Pero no más allá del propio espectáculo de esclavo amotinado. Luego volvía a quedar inmóvil por un tiempo, apenas si con la incontenible respiración de su masa.

Por la punta derecha, la barrera vegetal no alcanzaba a tocar el río. Porque había también eso, un río sin nombre, al menos para ella, que iba siguiendo al bosque separado por una franja brillante y clara, no sabía aún formada de qué, si de hojas o arena, o quizá también de algo que tuviese el color de su propio vacío íntimo.

Pero la verdad del paisaje fabuloso que había adquirido gratuitamente al comprar por poco más de nada la casa no estaba, sin embargo, en todo aquello, sino en otro orden de

cosas menos tangibles, una de las cuales sería la propia evasión que un simple ferrocarril hará posible en cualquier momento. Tal como acababa de ocurrir esa noche, precisamente, bajo las miradas llenas de asombro que la han visto descender en aquella soledad, una parada en pleno campo previa a la próxima estación, cosa de privilegio, según le habían dicho. En fin... Si aquel regalo adherido a los títulos del bien inmueble tenía una explicación, continuaba no interesándole por el momento. Cortó, sin más, el campo aclarado por una luna en cierto modo cómplice. Y fue así como entró en la casa aquella noche, completamente despojada de todo vínculo anterior y casi con la sensación de un regreso a la matriz primitiva, desde donde se podría volver alguna vez, pero ya con infinitas precauciones.

Rebeca Linke dejó deslizar al suelo el abrigo con que cubriera la desnudez en que había salido. Se tendió en la cama, comenzó a mirar el rayado blanco y negro con que la luz lunar filtrada por la estera uniformaba las cosas. Intentó varias veces salir de entre aquellos barrotes cerrando los ojos. Pero las rayas la seguían a través de los párpados hasta sumirla en una especie de sueño hipnótico. Un sueño que continuará desplazándola, quizá, sobre aquellas mismas vías en que su tren se ha detenido para que ella sola pueda descender antes de la estación que viene. Vuelve a oír cierta voz insistente que ha venido requiriéndole algo desde el comienzo del viaje: «Perdone, señora, ¿puede usted darme el billete?». La voz pastosa del hombre se queda

entre las filas de los asientos como un cuerpo largo. Unos árboles a la carrera, el convoy que dispara en sentido contrario. Luego, a fuerza de tanto huir la noche, llegan las estaciones. La gente sube, baja, se roba mutuamente el sitio. «¿No lo ha encontrado todavía?» La voz del hombre va a arrojarse nuevamente. Pero no hay esperanzas. Vienen después las alambradas. Alambres, alambres tensos y ruido monótono. Quiere ella recordar el título de un libro que hay sobre la mesa de noche y tiene que balbucearlo interferido por la voz, que no sale ya del hombre, sino de los alambres. «Permítame, señora, que lo busque yo mismo. Sé que el billete debe de estar en su bolsillo, junto a alguna llave.» Las palabras eran esa vez remotas, y el hombre que las había pronunciado entre los hilos, también lejano y movedizo, como visto a través del agua y reatado por cuerdas de violines que venían vibrando desde atrás de la vida. «Oh, gracias —dijo ella con acento tierno—, nunca recuerda uno estos detalles.» Nunca recuerda. Nunca recuerda. Ruido monótono. El hombre quiso quitarse la música de encima con los dedos. La llave, el billete, los alambres. Pasan por un puente de hierro. El ruido salta sobre el abismo. Alguien que es arrojado al vacío le grita tristemente: «Señora, yo no quería impedir su viaje... Sólo que cuando uno adivina algo peligroso desea avisar, desplegar las señales de alarma...». El hombrecito ya no dirá nada más. Ella hubiera deseado volver atrás y lanzarse a buscarlo. Pero las rayas blancas y negras la llevaban quién sabría adónde, para dejarla vencida de cansancio. «Uno

nunca recuerda estos detalles —fue lo último que pudo repetir—, nunca recuerda.» Sin embargo, antes de caer abatida, logró evocar algunos, por ejemplo: que dentro de su libro de cabecera había una pequeña daga que era una obra de arte, tanto como para decapitar a una mujer prisionera en aquel maldito rayado paralelo que le impedía reencontrarse en limpio.

La mano que quiere alcanzarla no puede. Derriba el vaso con agua de la mesa y queda allí como una flor congelada. Es entonces cuando la daga va a demostrar que ella sí sabe hacerlo, y se desplaza atraída por las puntas de unos dedos. Claro que hacia una mano que está adherida a un brazo, que pertenece a su vez a un cuerpo con cabeza, con cuello. Una cabeza, algo tan importante sobre eso tan vulnerable que es un cuello... El filo penetró sin esfuerzo, a pesar del brazo muerto, de la mano sin dedos. Tropezó con innumerables cosas que se llamarían quizá arterias, venas, cartílagos, huesos articulados, sangre viscosa y caliente, con todo menos con el dolor que entonces ya no existía.

La cabeza rodó pesadamente como un fruto. Rebeca Linke vio caer aquello sin alegría ni pena.

Empezó desde ese instante a acaecer el nuevo estado. Sólo una franja negra y ya definitivamente detenida. ¿Era posible que el mundo deslizante se hubiese solucionado así, de un golpe seco? La mujer sin cabeza quedó extendida sobre la alfombra oscura, pesadillescamente estrecha, de su último acto. Habría, bien pudiera ser, una dimensión en el tiempo para eso. Pero la conjetura más simple debía de ser